



MENSAJE DEL GOBERNADOR
DEL ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO
HONORABLE RAFAEL HERNANDEZ COLON CON MOTIVO DE LA
CELEBRACION DEL BICENTENARIO DE LOS ESTADOS UNIDOS

4 DE JULIO DE 1976

Celebramos hoy la declaración de la Independencia de los Estados Unidos, un acontecimiento que hace 200 años trazó un nuevo rumbo de libertad integral en la trayectoria de la humanidad. Y celebramos también los 200 años de historia que parte de ese acontecimiento. Celebramos la unión permanente libremente escogida por nuestro pueblo con los Estados Unidos. Celebramos hoy la contribución de los puertorriqueños a la defensa de la libertad y de la democracia. Y celebramos también el amanecer de un tercer siglo con nuestros destinos inseparablemente unidos a los de Estados Unidos en compromiso profundo con la libertad y la dignidad de los seres humanos.

Todo esto lo celebramos hoy y con todo esto nos comprometemos en este nuevo comienzo.

El comienzo del tercer siglo en la historia de los Estados Unidos, que realizó su independencia para garantizar en la primer nación moderna, las libertades religiosas, de pensamiento y expresión, de organización política y de iniciativa económica. Sin embargo, el nacionalismo en el devenir de la historia contemporánea ha prestado una exagerada pleitesía a la independencia formal del estado, de las naciones como unidades políticas y un marcado recelo, control y represión total a veces, de las

libertades concretas de las personas, de los individuos y los grupos; un culto a la independencia del estado mientras realiza o consiente, la esclavitud de la gente. En contraste franco con esa realidad contemporánea, los autores y actores de la Independencia y de la Revolución Americana, consumaron una liberación para la gente, para sus potencias, para sus libertades, e iniciativas individuales y colectivas. Crearon para ello un estado que les serviría de instrumento, de medio y nunca de fin en sí mismo. Ese es el valor, esa es la esencia eterna del liberalismo y de la democracia.

La Revolución Americana fue estrictamente una revolución política, un proceso de liberación que dió los poderes y los instrumentos de acción colectiva que mejor protegieran las libertades personales y públicas y las iniciativas y empresas económicas. En su inicio, no fue una revolución social, porque no tenía por qué serlo, tratándose de una nación en continua dilatación geográfica, en constante apertura de oportunidades para el trabajo, la posesión y la creatividad, donde los extremos contemporáneos de la riqueza opulenta y la pobreza degradante no constituían un problema social importante. Lo fundamental, la condición de todo lo demás en la vida política, es la libertad de la gente. La igualdad se

reconoció como principio y valor a realizarse continuamente, con arreglo a los recursos y las circunstancias. La igualdad y la democracia eran la promesa, el compromiso moral, que la práctica de la libertad aseguraría. Constituyeron la agenda obligada, pero abierta al futuro, donde tomaría, toman y tomaraán contenidos y modalidades nuevas, con arreglo a las realidades históricas de nueva creación y a la sensibilidades más afinadas a la altura de los tiempos.

Procesos tales como la guerra de emancipación - La Guerra Civil- y la reconstrucción subsiguiente, el progresivismo político a fines del Siglo XIX y principios del XX, el Nuevo Trato y sus efectos sociales emancipadores, el voto a la mujer y a la juventud desde los 18 años, la prohibición federal de impuesto alguno como condición del voto, la afirmación de los derechos iguales de la mujer, las decisiones de la Corte Warren sobre la desegregación racial en las escuelas públicas y la redistribución electoral estricta a base de un voto -- ni más ni menos-- para cada ciudadano, representan jalones decisivos en la marcha triunfante del elemento democrático en la civilización norteamericana.

Una lección clara se deriva de esta historia: que no hay que destruir el principio de la libertad para

establecer el principio democrático de la justicia. Ambos son armonizables por la prudencia, por la sabiduría, por la participación dedicada y de buena fe en la persuasión de nuestros conciudadanos. "No puede ser --decía Thomas Jefferson-- que Dios haya ordenado el universo para unos cuantos cabalguen y todos los demás les sirvan de cabalgadura". Eso precisamente es lo que hacían los regímenes absolutistas de antes de la revolución democrática y lo que hacen los totalitarios de nuestro tiempo, tanto fascistas como comunistas. En contraste, de su puño y letra escribió el mismo Jefferson, estas palabras que ustedes escucharon hace un momento y que alimentan el ánimo de los amantes de la libertad en todo el planeta cada vez que se leen o se escuchan: "Sostenemos como verdaderos evidentes que todos los hombres nacen iguales, que están dotados por el Creador por ciertos derechos inalienables, entre los cuales se cuentan el derecho a la vida, a la Libertad, y al alcance de la Felicidad; que, para asegurar estos derechos los hombres instituyen gobiernos derivando sus justos poderes del consentimiento de los gobernados..." Y entonces añadía que: "Un respeto decente a las opiniones de la humanidad" les obligaba a esclarecer, es decir, a justificar, los motivos de su acción revolucionaria. Tal

gesto de candor nos enseña dos cosas más que no debemos olvidar: Que estos hombres sentían la obligación moral e intelectual de explicarse y justificarse ante el mundo; que eran a la vez hombres de acción y filosofía, políticos y pensadores, estudiosos y actores de la realidad, y además que su pensamiento y acción se basaban en un concepto moral del hombre y de la política, de tal manera que las primicias del hacer político --del bien común-- o son éticas, o meramente disfrazan la ilegitimidad de la fuerza, base única de toda tiranía.

Los conceptos de Jefferson y los principios éticos y morales que animaron la Nación en sus comienzos han sufrido un serio estremecimiento de nuestros tiempos. Nuestra generación ha sido testigo del descenso de la vigencia de estos principios de las elevadas cumbres de la declaración de Independencia de los abismos de Vietnam y Watergate. Ha surgido en nuestros tiempos un problema real de confianza en las instituciones públicas. Se hace necesaria y urgente una restauración de esa confianza, que reafirme las bases y premisas éticas del proceso de Independencia y de Revolución que hoy celebramos. Las alternativas para el porvenir se nos presentan urgentes y claras. Veámoslas como contestación a las siguientes preguntas: ¿Cómo será el próximo siglo americano,

entendiendo con el vocablo a toda América, incluyendo a Puerto Rico? ¿Estaremos abocados por inercia, por desmoralización, por desconfianza contagiosa, a la continuada erosión de los principios cristianos de la libertad, la igualdad, y la democracia política, la dignidad de todo lo verdaderamente humano, como hemos visto ocurrir a veces en los últimos años? O por el contrario, ¿Se levantará América sobre sus presentes dificultades, retornará a los principios de 1776 y los proyectará al futuro, de tal manera que "el sueño americano" se convierta en el "sueño universal". ¿Se levantará América para constituir la verdadera independencia económica, política, social y moral, hermanando los esfuerzos de todos -- de los países pobres y ricos, industrializados y atrasados, almargen de sistemas y de aislamientos ideológicos y nacionalistas -- de tal manera que el "destino manifiesto" no lo sea privativamente de ningún pueblo, sino exclusivamente de todos los pueblos de la tierra? Los puertorriqueños contestamos que sí en este momento cumbre del Bicentenario. Sí, tenemos confianza en la realización de ese destino noble y glorioso. Lo vemos venir en este tercer siglo de la historia de los Estados Unidos que comenzamos hoy. El pueblo líder en esa revolución de alta

convivencia para el próximo siglo será el de los Estados Unidos de América. Junto a ese pueblo estará el pueblo de Puerto Rico.

Para que así sea, no tenemos más que un método: el método de la democracia y de la libertad misma, el mismo método que en el Siglo XVII produjo la Revolución Democrática, en el Siglo XVIII la revolución industrial y en nuestro siglo el rescate de la democracia y la libertad de manos de los bárbaros del fascismo y del comunismo.

A cada rato se nos dice que Estados Unidos y todo Occidente están en decadencia. Que el liberalismo y la democracia están en bancarrota. Que hay que entregarse, por tanto, a otros sistemas, sacrificando con ello la libertad personal y política como medio de realizar transformaciones sociales. Yo les recuerdo hoy a mis compatriotas, que el problema de esos sistemas, como dijo el joven Bertrand Russel tras su primera visita a Rusia, es doble: Primero, que prometen demasiado, y para ello sacrifican todo lo valioso de la vida humana; y segundo, que no cumplen lo que prometen porque resultan peor que la crisis que pretenden resolver. En realidad, la crisis es parte de la democracia y la libertad porque éstas permiten la diferencia, la disidencia y la diversidad de puntos de vista sobre la acción. El comunismo esconde su crisis

detrás de cortinas de hierro, detrás de las murallas que encierran a sus ciudadanos para que no emigren, detrás del monopolio de los medios de comunicación. En contraste, la democracia, sin reclamar un monopolio de la verdad y la virtud, resuelve sus crisis mediante más democracia y más libertad, en el confrontamiento público de las alternativas. En ese sentido, los Estados Unidos, como líder mundial de las libertades humanas, cara a cara al futuro, renacerá mediante la libertad misma, de las presentes circunstancias hacia una nueva era de creatividad nacional e internacional. En ese renacimiento, el Estado Libre Asociado tiene una función que realizar por lo que ha significado y debe significar en su crecimiento futuro, por haber constituido no sólo una práctica política útil para Puerto Rico, sino un teoría de validez universal, hacia la generosidad y noble asociación de pueblos, de grandes y pequeños, tras objetivos comunes de libertad y de justicia.

El Estado Libre Asociado es la organización política de la experiencia puertorriqueña desde mediados del presente siglo. No es una teoría jurídica o constitucional en el cielo raso de la especulación, sino la realización histórica de una idea feliz en unas circunstancia especial. Pero esa experiencia encierra a

su vez, fértiles sugerencias para otros pueblos en parecidas etapas de desarrollo de interdependencia y de apego a la libertad y a la justicia social. El Estado Libre Asociado no es una teoría que se nos ha impuesto externamente para resolver problemas ajenos. Es un crecimiento interno de nuestras propias energías de pueblo. Nació de las vicisitudes de nuestra propia acción colectiva dirigida por un liderato patriótico y sagaz. Sus premisas y principios no sirven a ideas o conceptos superadas por la historia, sino que arrancan de y responden a nuestro propio ser, identidad e imaginación de pueblo. Interpretan la clave perpetua conque en distintos tiempos y con distintos nombres bautizaron nuestros mejores hombres la expresión política nacional; la autonomía.

Muchos pueblos, algunos lejanos y otros más cercanos a nosotros, sin convenirle la independencia separada la adoptaron un día de espaldas a las circunstancias reales de su gente, a sus condiciones colectivas de recursos técnicos y económicos, a su incapacidad real de separación exitosa, y han caído por ello en la inercia de un atraso permanente, por lo cual ahora culpan a los Estados Unidos y hablan airadamente de "neocolonialismo". En vez de optar por la libertad integral, optaron por la

independencia formal, con las realidades de su ambiente intocadas por el cambio, y sujeto como quiera a los efectos de la interdependencia con ley de hierro de la vida actual.

Lejos de cometer ese error, Puerto Rico optó por la sustancia de la libertad en vez de por su sombra y escogió la unión permanente con los Estados Unidos.

Sin embargo, ante la dureza de la circunstancia, con las limitaciones de sus recursos físicos y económicos, ante la aparente cerrazón de horizontes y la inminencia de la desesperanza -- que en palabras elocuentes e inolvidables de Baldorioty de Castro normalmente empujan a los individuos y a los pueblos a la degradación o al suicidio -- Puerto Rico se resistió a la entrega moral y cultural de la asimilación. ni siquiera a una asimilación a la española de 1898, con lengua y cultura y sangre comunes. Porque Puerto Rico quería seguir siendo sí mismo, con su identidad de pueblo ya cuajada, por eso escogió el Estado Libre Asociado.

Existe una profunda analogía entre los procesos y métodos con que los Estados Unidos realizaron su libertad y las formas en que nosotros hemos logrado la nuestra en el Estado Libre Asociado. En el caso de los Estados Unidos, se trata de una comunidad -- realmente una

infinidad de comunidades -- empujando hacia atrás, del Atlántico hacia el Pacífico, una vasta frontera a un tiempo (*****Ojo, no se entiende la parte final de la página ***) las destrezas físicas, mentales y morales que hicieron necesaria y posible la libertad -- la capacidad de darse leyes a sí mismos en el plano político. Primero la acción, la capacidad, la comunidad de trabajo y de solidaridad, y luego, como culminación, la firmación de los poderes políticos necesarios para laborar una vida más segura, más abundante y más feliz, contra un gobierno imperial, lejano, ajeno, injusto y arbitrario. Al decir de Thomas Payne, el sentido común indicaba que la independencia era un derecho natural que debía ejercerse si las ventajas económicas y la totalidad de las condiciones prácticas y las alternativas así lo indicaban. Como en efecto ese fue el juicio de los padres de la Independencia y la Revolución, eso hicieron, no por razones teóricas o dialécticas, sino por razones prácticas, que sirvieron a la vida real y concreta de la gente de los Estados Unidos. En la exhuberante expansión de las instituciones políticas y económicas norteamericanas de 1776 a 1976 esa ha sido la regla.

Los puertorriqueños igualmente, hemos subordinado la fascinación por las definiciones a las respuestas

necesarias y adecuadas a nuestros problemas. La tarea ha consistido en buscar -- y como no existía, en inventar -- la fórmula de organización constitucional que nos permitiera el gobierno propio en nuestra vida de pueblo, en nuestra salud, educación, vivienda, desarrollo social y creación de empleos, a la vez que ampliamos el marco de nuestras capacidades económicas colectivas mediante un mercado libre con los Estados Unidos una moneda, una defensa y una ciudadanía comunes. Una fórmula que nos da la necesaria autonomía fiscal con relación al gobierno federal para aumentar nuestra producción y satisfacer las necesidades de una mayor población con expectativas creciente, todo ello dentro del marco político democrático. La pura formulación del problema parecería intimidante aún para los espíritus más emprendedores. Su realización parecería milagrosa. En verdad, sí parece milagrosa la parte de la agenda ya realizada es porque en efecto lo es. Y sin embargo, Puerto Rico la ha realizado, la está realizando, y vamos a continuar realizándola con el tesón, el patriotismo y la dedicación con que empezaron a realizarla Don Luis Muñoz Marín y los hombres de su generación, y con la voluntad de los hombres y mujeres, y sobretodo, los jóvenes, que me acompañan en el tramo histórico que se nos ha asignado dirigir. Que no lo dude

nadie.

La independencia y la revolución norteamericana, unidas a su genial Constitución redactada en Filadelfia, constituyen sin duda la experiencia política más dramática del mundo occidental en estos siglos. Dramática porque, como lo dice la palabra misma, ha cambiado la vida del hombre moderno, desde su hacer cotidiano, su modo de producir y consumir, las formas de su organización política, hasta sus valores persistentes de dignidad humana, libertad y justicia.

La gesta puertorriqueña, aunque menos dilatada en sus alcances exteriores, no ha sido menos dramática en el mundo contemporáneo, ya que los pueblos no se miden por su tamaño ni riqueza, sino por su espíritu, su coraje moral para enfrentarse a su destino sin perder ni su dignidad ni su cabeza. Quizás sólo el pueblo de Israel en nuestro tiempo representa una historia paralela de creatividad, progreso y esperanza.

Junto a nuestros esfuerzos por un desarrollo económico, social y cultural ha ido parejo el reclamo por un desarrollo político. Hemos perseguido un desarrollo integral. En 1900 obtuvimos un gobierno civil de poderes muy limitados para los puertorriqueños, con sólo una Cámara de Delegados electa directamente, pero intervenida

en sus poderes por un Gobernador de designación presidencial, un Consejo Ejecutivo denominado por el Gobernador, y un Poder Judicial igualmente designado por Washington. En 1971 completamos el Poder Legislativo en manos totalmente del pueblo, en el Senado Electivo además de obtener la ciudadanía americana. En 1947 se completó el cuadro de los tres poderes del pueblo, Legislativo, Ejecutivo y Judicial, en manos de nuestro electorado, con la Ley del Gobernador Electivo. En 1952 se creó el Estado Libre Asociado y se pusieron todos los poderes del gobierno propio en manos del país. Luego hemos hecho varias enmiendas liberalizadoras y democratizantes a nuestra Constitución, como la de colocar el margen prestatario en nuestras propias manos y el derecho de apelación directa de nuestra Corte Suprema y la Corte Suprema Federal.

Con esos hitos de libertad política hay una historia: la historia de un pueblo que, lejos de ser dócil, ha exigido con persistencia, asistido por el derecho y por el método de la democracia, sus poderes de gobierno propio. Es la historia de un pueblo que, lejos de mantenerse estático en sus condiciones y limitaciones, va realizando con firmeza, sus aspiraciones políticas.

El próximo paso en esa historia de crecientes

realizaciones será la implantación del mandato del plebiscito de 1967, para un mayor desarrollo del Estado Libre Asociado.

No ha sido fácil la jornada del Nuevo Pacto, pero ninguna de las conquistas alcanzadas por nuestro pueblo ha sido fácil. Nuestras dificultades no han sido generadas por los Estados Unidos. Han sido generadas por nosotros mismos; por las pequeñas ventajerías y mezquindades de nuestra política interna.

Para nuestro pueblo, lo más difícil ha sido ponerse de acuerdo consigo mismo. Esa es la historia de nuestras vidas. Pero el récord indiscutible que revela esa historia, aún con nuestras diferencias internas, es un récord de progreso ascendente. Es un récord de un pueblo con una voluntad firme e inquebrantable para lograr sus aspiraciones resolviendo sus diferencias mediante los procesos de la libertad y de la democracia; el respeto a la dignidad, y a las opiniones de todos; el debate franco y honesto; y la decisión por la voluntad de las mayorías.

Procesos lentos quizás, pero resistentes y tenaces para coagular la voluntad de un pueblo y levantar con solidez una buena civilización de alta convivencia humana.

Procesos firmes y seguros que habrán de culminar en la realización de la voluntad plebiscitaria de las

mayorías puertorriqueñas.

El bicentenario que celebramos hoy es un monumento a la libertad y a la democracia en la historia de la humanidad.

Es un monumento levantado a la creatividad, el valor y el sacrificio de millones de seres humanos. Son ejemplos cimeros

La creatividad de Jefferson al redactar la Declaración de Independencia, el valor de Washington en Valley Forge, y el sacrificio de Nathan Hale cuando a punto de ser ejecutado dijo: "lo único que siento es sólo tener una vida que perder por mi patria."

A ese monumento el pueblo de Puerto Rico ha aportado también su creatividad al añadirle una nueva dimensión constitucional; lo que el juez Presidente del Tribunal Supremo de Estados Unidos, Earl Warren llamó "el más notable experimento político de nuestra historia": El Estado Libre Asociado.

A ese monumento los veteranos puertorriqueños y hombres como Eurípides Rubio, Carlos Lozada, Héctor Santiago Colón y Fernando García Ledesma, honrados con la Medalla de Honor del Congreso, le han agregado su valor y sacrificio exponiendo o entregando sus vidas en campos de batalla en tres continentes en defensa de la libertad y la

democracia.

A ese monumento le agregaremos juntos un nuevo siglo de esplendor: un tercer siglo donde se realizará, plenamente, la promesa de América para la humanidad.

Ese tercer siglo comienza hoy.

